

IRLANDESES EN MARRUECOS: EL BATALLÓN DE THOMAS STUCLEY EN LA BATALLA DE ALCAZARQUIVIR (1578)

MIGUEL ÁNGEL DE BUNES IBARRA

CSIC. - MADRID

Artículo tomado de *Irlanda y la Monarquía Hispánica: Kinsale 1601-2001. Guerra, Política, Exilio y Religión*, Madrid, Universidad de Alcalá de Henares-CSIC, 2002, pp. 173-184.

Entre las dos contiendas irlandesas de finales del siglo XVI (1565-1578 y 1579-1583) se produce un episodio curioso en el devenir de los exiliados católicos de las Islas Británicas que buscaban nuevo acomodo o conspiraban para liberar a su país de la ocupación inglesa y de la presión de los protestantes. Entre el contingente de soldados que Don Sebastián de Portugal lleva a África los cronistas reseñan una tropa de seiscientos italianos, al mando del conde de Irlanda, quienes mueren en su mayor parte en la batalla del vado de l'Oued El-Makhazen, el 4 de agosto de 1578¹. Era un grupo de soldados italianos, irlandeses e ingleses católicos, financiado por el papa Gregorio XIII, que debía dirigirse hacia las aguas del Atlántico para enfrentarse con las tropas de Isabel I. Éstos, sin embargo, terminan ayudando al monarca lusitano en la empresa, quimérica y mal organizada, de restitución de un sultán de la dinastía sa'dí².

Por desgracia, la excesiva especialización de la historiografía actual nos obliga a tener que explicar y poner en su contexto los sucesos de Alcazarquivir, para mostrar que la guerra en el Mediterráneo estaba íntimamente imbricada en los sucesos que se dirimían en las aguas del Atlántico. Desde los primeros años del reinado de Felipe II los problemas con la Inglaterra reformada, los Países Bajos y el Imperio de Solimán el Magnífico van parejos en las preocupaciones del Rey Prudente. La Monarquía Hispánica y el Papado se ven acorralados por dos enemigos religiosos, y a la vez políticos, que distorsionan toda la política europea y cambian la correlación de fuerzas en el Viejo Mundo. Ingleses y holandeses son, además de adversarios creenciales, naciones que basan su poder en un proceso de expansión mercantil por los mares que anteriormente controlaban las naves católicas. Marruecos, y el Mediterráneo en general, era un espacio que se introduce en la alta política internacional por parte de los diferentes antagonistas europeos para desviar la atención o debilitar a sus oponentes. El Imperio Otomano, por su parte, también aprovecha las disensiones entre los diferentes príncipes cristianos para emprender nuevas conquistas o consolidar sus dominios en los

¹ El estudio más completo sobre el desarrollo de la batalla de Alcazarquivir en relación a los efectivos que se enfrentan es el de BERTHIER, P., *La bataille de l'Oued El-Makhazen dite batailledes tríos rois*, París, 1985.

² La bibliografía sobre la batalla de Alcazarquivir resulta imposible de referir en el presente artículo. Además de los estudios sobre la batalla, y las crónicas que rápidamente se redactan en Europa para explicar los acontecimientos, Felipe II manda rescatadores a Marruecos para liberar a los miles de prisioneros que son capturados. Gracias a uno de estos rescatadores contamos con el mejor libro histórico sobre la dinastía sa'dí, imprescindible para entender los fundamentos de la política magrebí de esta época: TORRES, D. de, *Relación del origen y suceso de los Xerifes y del estado de los reinos de Marruecos, Fez y Tarudente*, Sevilla, 1585, ed. de Mercedes García-Arenal, Madrid, 1980.

Balcanes y Centroeuropa. La España de Felipe II se encuentra en una posición estratégica muy compleja desde la firma del tratado de amistad y colaboración entre Francia y la Sublime Puerta en la época de Carlos V³, además de por la gran pujanza que está adquiriendo el corso musulmán asentado en la ciudad de Argel. Después de la batalla de Lepanto⁴ el Rey Prudente comienza a plantearse acabar con sus enemigos del Mediterráneo firmando un tratado con Estambul, lo que logrará al final de su reinado y, sobre todo, creando una zona de seguridad en la frontera sur de sus posesiones al ganarse la amistad de los sultanes marroquíes o inmiscuirse diplomáticamente en su política.

Las pretensiones de colaboración española en el intento de lograr la independencia de Irlanda de Isabel I llegan en un momento que el Rey Prudente no quiere intervenir directamente contra su enemiga⁵. Por estos mismos años la cabeza de la iglesia anglicana y los comerciantes londinenses ya han comenzado a intentar instalarse en el Estrecho de Gibraltar para asegurarse el lucrativo negocio del trigo y las materias primas marroquíes y desestabilizar la frontera andaluza. El tratado de comercio y libre navegación que firma con Portugal y la instalación de la Barbary Company en el norte de Marruecos⁶, en estos mismos años, supone que los reformados entran en un área de influencia directa del rey español. La petición de una ciudad portuaria en el Estrecho, preocupación inglesa que nace en estos años y que no cesará hasta el dominio de Gibraltar, consolidado por el tratado de Utrecht, es un elemento más de la disputa entre las dos potencias de la época.

La penetración inglesa en el Zagreb, como en la Persia Safawí⁷, estuvo motivada inicialmente por la acción de los mercaderes y navegantes particulares. Además de exportar cueros, trigo, cera y otras materias primas, los cónsules británicos de Tánger y Tetuán facilitaban materiales estratégicos a los sultanes marroquíes, mercancías que desestabilizaban el equilibrio de fuerzas de la zona. La dinastía sa'dí se encontraba rodeada por dos enemigos excesivamente poderosos, la Monarquía Hispánica y el Imperio Otomano, por lo que sus gobernantes en los siglos de la Edad Moderna tuvieron que emprender un difícil equilibrio ante esta situación e intentó atraerse a los sultanes en su lucha particular con Felipe II. Tener una posesión en el Atlántico marroquí representaba contar con una factoría para la salida de productos que se necesitaban en la metrópoli, al mismo tiempo que amenazaba toda la comunicación con las Indias de españoles y portugueses. Pocos años después de la batalla de Alcazarquivir, y como consecuencia de la anexión de Portugal por Madrid, la reina inglesa volverá a presionar a Marruecos para que intervenga en los sucesos para recuperar las «islas terceras» ayudando a Don Antonio, el prior de Crato. En la década de la batalla de Kinsale el otro enemigo religioso de Felipe II, las Provincias Unidas, se asentarán progresivamente en algunas ciudades dedicadas al corso en la costa del Atlántico del Magreb, camuflando

³ La disputa entre Felipe II y la Sublime Puerta ha sido estudiada por BRAUDEL, F., *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Madrid-México, 1964. La política de Felipe II con el Imperio Otomano y Marruecos ha sido descrita de una manera más concreta por HESS, A. C., *The Forgiven Frontier*, Chicago, 1978.

⁴ HESS, A. C., «The Battle of Lepanto and its Place in the Mediterranean History», *Past and Present*, LVII, (1972), pp. 53-73. GARCÍA HERNÁN, D. y E., *Lepanto, el día después* Madrid, 1999.

⁵ GARCÍA HERNÁN, E., *Irlanda y el Rey Prudente*, Madrid, 2000, pp. 50-87.

⁶ FERNÁNDEZ ALVAREZ, M., *Felipe II Isabel I de Inglaterra y Marruecos*, Madrid, 1951.

⁷ JENKINSON, A., *Early voyages and travels to Russia and Persia*, Londres, 1886; SAVORY, R. M., «Safawies», *Encyclopédie de l'Islam*, T. X, Leiden-París, 1993.

nuevamente los intereses políticos con las inquietudes monetarias de navegantes y hombres de comercio de esta nación⁸.

Felipe II sabía demasiado de las guerras en el Mediterráneo y el Norte de África para no emprender una acción directa en el continente vecino. Las alocadas empresas de conquista de Carlos V en Argel y Túnez, que estuvieron cerca de culminar en una desgracia para la persona del Emperador, y los escasos resultados obtenidos por la enorme cantidad de dinero invertido en la flota que mandó su hermanastro Don Juan de Austria entre 1571 y 1573, lo habían convencido de la necesidad de no implicarse militarmente en un territorio hostil que se rige por unas reglas diferentes a las europeas, tanto en la política como en la guerra. La presencia de ingleses y holandeses en las costas cercanas a Andalucía será contrarrestada por una activa acción diplomática, a la que no es ajena el chantaje, para expulsar a estos nuevos y molestos vecinos, que logrará alejar a la Barbary Company del Estrecho de Gibraltar⁹.

Don Sebastián de Portugal, por razones que sería excesivo referir en estas páginas, realiza una política completamente diferente a la del otro monarca peninsular respecto a Inglaterra y Marruecos. Al mismo tiempo que la capital lusa se convierte en uno de los lugares preferidos de instalación los exiliados católicos irlandeses e ingleses, como es el caso del jesuita Wolf, o de obispos, James Fitzmaurice y el propio Thomas Stucley, firma un tratado de comercio con Isabel I que lo aleja de la beligerancia mostrada por el Rey Prudente a la Reina Virgen. En el caso marroquí, se deja embaucar por las promesas de un príncipe sa'dí desposeído, comprometiéndose personalmente, y con él a la mayor parte de sus súbditos, a encabezar una empresa de restitución peligrosa y mal planteada. Además de los idearios religiosos del monarca luso, en la mente de Don Sebastián influyen directamente los precedentes de otros soberanos y príncipes portugueses embarcados para conquistar territorios en el Magreb¹⁰. Gregorio XIII y Felipe II no veían con buenos ojos que la Cristiandad dividiera sus esfuerzos en varios frentes cuando estaban sin resolver la cuestión de Irlanda y la presión de los países reformados sobre las potencias católicas. Aunque desaconsejaron la empresa por muy variadas razones, pero no impidieron en ningún momento que se ejecutara, aunque representaba un retraso para los planes en curso de preparación en estos años para ocupar las Islas Británicas¹¹.

La política mediterránea de los países del sur de Europa despertaba la inquietud de ingleses y holandeses por miedo a que las flotas que se aparejaban terminaran atacando a las naciones del norte. Los preparativos de la flota católica que se enfrentará a la otomana en Lepanto, en la que no estaba presente ningún barco reformado del «Cristianísimo rey francés», despertaron la alarma en Londres y Ámsterdam, al creer que Don Juan de Austria podría atacar a anglicanos y protestantes. En 1578 este temor se reproduce al conocer que Don Sebastián está concentrando sus barcos en Lisboa y los

⁸ Sobre las características de las relaciones entre Holanda y Marruecos en la Edad Moderna resulta muy esclarecedor el trabajo de GARCÍA-ARENAL, M., *Entre el Islam y Occidente: vida de Samuel Pallache, judío de Fez*, Madrid, 1999.

⁹ Además del artículo de M. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ citado anteriormente, resulta muy interesante para describir la política filipina en Marruecos en estos siglos la crónica de TORRES, D. de, *Relación de origen y suceso de los Xerifes y del estado de los reinos de Marruecos, Fez y Tarudente*, Sevilla, 1585, edición de Mercedes García-Arenal, Madrid, 1980.

¹⁰ RICARD, R., *Les Portugais au Maroc*, Rabat, 1937.

¹¹ Sobre los pareceres de Gregorio XIII sobre el plan de D. Sebastián resultan muy interesantes las noticias recogidas por FERNÁNDEZ COLLADO, A., *Gregorio XIII y Felipe II en la nunciatura de Felipe Segs. (1577-1581)*, Toledo, 1991.

Algarbes, siendo numerosos los avisos que envían a Isabel I los espías asentados en la Península Ibérica¹². El temor por los planes del rey portugués se disipan rápidamente al conocer el verdadero objetivo de sus deseos militares. Las noticias que llegan de España no superan el eco de un simple rumor, y no pueden compararse con el miedo que supusieron para Londres las noticias llegadas de Roma en 1571, pocos días después de la victoria de Lepanto, que informan de que Felipe II y el papa Pío V se han puesto de acuerdo para concentrar la armada cristiana en Mesina y desembarcar a su poderoso ejército en Inglaterra. Los avisos de espías y embajadores que llenan la documentación de estos días muestra el nerviosismo de los anglicanos por haber emprendido una política muy agresiva sobre intereses defendidos por Felipe II. Evidentemente, todas estas misivas eran infundadas, pues la Liga Santa se desmembraba completamente: Venecia deseaba acabar con la guerra para firmar una paz con Estambul que le permitiera seguir comerciando con Oriente, Génova se retiraba para intentar acabar con los ecos una sublevación interior de la república, y Felipe II, cuyo verdadero interés era conquistar la ciudad de Argel para terminar con el corso iniciado por los hermanos Barbarroja, aceptó el plan de Juan de Austria para atacar Túnez, ciudad que se mantendría en manos españolas sólo tres años.

El carácter del joven rey portugués no tiene nada que ver con el de Felipe II. Está imbuido del mismo mesianismo profético que tuvo Pío V en su lucha contra los turcos¹³, e incluso el que está patente en Gregorio XIII por ayudar a los católicos irlandeses. Además de este ideario religioso, Don Sebastián muestra una enorme inclinación a ejemplificar en su persona los maneras del perfecto caballero cristiano -como hizo Carlos V cuando fue a conquistar Túnez-, que debe luchar por mantener la verdadera fe ante infieles y herejes. La cuestión irlandesa, a la que también se siente inclinado, se deja en un segundo lugar. Su deseo es luchar contra los musulmanes para ejemplificar a los hombres del momento los valores del príncipe cristiano. Un rey que combate personalmente a los seguidores de las predicaciones de Mahoma para extender la verdadera fe. Logra convencer a Stucley de la importancia de acompañarlo en su aventura africana prometiéndole que después de vencer a los infieles le concedería hombres y barcos para contribuir a la liberación de Irlanda:

«I have receaved letters this daie of the 11 and 12 of Maye from Lisborne, whereby I understande that Stewkelwys purposed voyage for Ireland is altered to serve the Kynge of Portugale agaynst Africa, moche agayns his wyl, but the Kinge wyl Nave it so, Hereupon Stewkwly hath sent a post to the Holye Father, retournable in 20 daies, to declare of this alteration. The Kynge was moved at the first to ayde the enterprise agaynst Irelande, and becawse the greate galyes that Atewkley came in, did fayle, therefore he was desired by the sayde Stewkeley to ayde hym with shippes and other thynges necessarie for the warres of Irelande; but the Kynge answered that he was in amytye with Englande, and therefore woulde not deale that waye: but contrary wyse, seeynge hym to have good store of corseletes and other municion, with shyppes and men, hath seased upon hym and his companye to serve in Africa»¹⁴.

Felipe II, por el contrario, se desentiende de la cuestión irlandesa, sobre todo de las pretensiones de Stucley, para no intervenir de una manera directa en su lucha contra

¹² Carta de D'Amias Poulet a Walsingham y a Wilson (19 de Febrero de 1578), editada en *Les Sources Inédites de l'Histoire du Maroc (SIHM)*, París, 1905-1912, serie I, Inglaterra, I, pp. 289-290.

¹³ GARCÍA HERNÁN, E., «Pío V y el mesianismo profético», *Hispania Sacra* 45 (1993), pp. 83-102.

¹⁴ Carta de Thomas Wilson (14 de junio de 1578), *SIHM*, serie I, Inglaterra I, pp. 295-296.

Isabel I. En la cuestión marroquí, en los mismos años en que Don Sebastián prepara su empresa, está en conversaciones con los sultanes para que le cedan la ciudad de Larache, puerto que tiene todas las cualidades para convertirse en un nuevo nido de corsarios, a la vez que puede ser un excelente puerto para los navegantes canarios que realizan sus pesquerías en el Atlántico. Los barcos ingleses y holandeses cada día son más comunes en las rutas de comercio africanas y americanas, por lo que contar con un nuevo puerto para vigilarlos se convierte en objetivo prioritario de la Monarquía Hispánica, conseguido por Felipe III en 1614.

Don Sebastián de Portugal no encontró el apoyo deseado cuando comunicó a Felipe y a Gregorio XIII sus planes de inmiscuirse directamente en la política magrebí. El papado tenía como prioridad solventar la cuestión católica en las Islas Británicas, mientras que el rey español estaba inmerso en una serie de problemas que lo llevaban a considerar que la quimérica idea de su sobrino era un error. El ejército que logra reunir en su reino, junto a mercenarios y voluntarios alemanes y españoles, era demasiado pequeño para una expedición que pretendía introducirse en el continente. La llegada de las naves papales con seiscientos soldados, perfectamente armados y organizados, era una oportunidad que no pasó inadvertida al monarca luso. Las noticias de los espías ingleses, en los meses anteriores a la llegada a Lisboa, son contradictorias en cuanto al número de efectivos y sus fines. Todos coinciden en que son cuatro galeras pagadas por el Papa, variando el número de soldados que se reclutan con las 50.000 coronas del tesoro pontificio. La visión de Thomas Stucley también varía mucho dependiendo de la fuente que consultemos para referir estos sucesos. En estos años este personaje comienza a encontrar enormes problemas para obtener apoyo de los príncipes católicos. Aunque ha logrado la concesión de un gran número de títulos nobiliarios (marqués de Irlanda, marqués de Leinster), no ha alcanzado la confianza de los hombres con los que trata. En la corte de Madrid las peticiones del católico inglés son puestas en duda por el propio monarca, y los embajadores ingleses creen que su situación en Roma resulta semejante¹⁵. El rápido cambio de rumbo de la expedición papal tranquiliza a los informantes ingleses en el continente. Además del desprestigio de Stucley ante sus hipotéticos mentores, la decisión de pasar a África abortaba el plan de crear un fuerte cuerpo expedicionario irlandés entre las tropas papales y las reclutadas por James Fitzmaurice en España y Portugal. Felipe II, al autorizar que el marqués de Irlanda se uniera a los portugueses, conjura el peligro de que Don Sebastián emprendiera una empresa contra Isabel I, llevado por su celo religioso y las ansias de protagonizar campañas militares que no estaban en la mente del Rey Prudente. En los días de estancia de Stucley en Lisboa la corte de Madrid aceleró las consultas para entorpecer la empresa de Irlanda, favoreciendo, de alguna manera, el paso a África de Don Sebastián¹⁶.

Antes de continuar con los acontecimientos de 1578 hay que referir el contingente de soldados que lleva Stucley en las cuatro galeras pontificias. La mayor parte de las crónicas que refieren los acontecimientos de la batalla de Alcazarquivir, como la documentación de los embajadores ingleses y pontificios, hablan de los diferentes contingentes de soldados que conforman la expedición de Don Sebastián sin referir nunca la presencia de irlandeses e ingleses en el ejército. Las personas que

¹⁵ «Dans une lettre à Élisabeth, datée de Paris, 23 juin 1578, Amais Poulet dit avoir appris l'arrivée de Stukely à Lisbonne. Il ajoute que ce personnage avait perdu tout crédit a Rome, qu'il était prêt à passer en Afrique, que c'était son dernier refuge, que, dans tous les États où il avait vécu, les gens s'étaient fatigués de lui» *SIHM*, serie I, Inglaterra 1, p. 195.

¹⁶ GARCÍA HERNÁN, E., *Irlanda y el Rey Prudente*, Madrid, 2000, p. 77.

manda Stucley son definidas como arcabuceros italianos, sin especificar más datos sobre su origen:

«Dont, ceste matinée ils se partirent des logis, ayant rangé leur armée en trois escadrons, lesquels, se talonnans l'un l'autre de fort près, n'en faisoient quasi qu' un seul; celui de la teste estoit comme reparti en trois, car, au milieu, les Aven- portugais estoient, guidez par Alvaro Pirez, frère et lieutenant de Christophle de Tavora; à la gauche, les Castellans, que conduisoit Alphonse d'Aguilar, fournis de ses memes arquebusiers, á qui commandot Louis de Godoj; et les Allemans estoient à dextre, sous ler Seigneur de Tamberg, remplis d'arquebisiers italiens et de ces Portugais qui souloyent estre à Tanger, qui obeissoyent au capitaine Hercules de Pise»¹⁷.

Los comandantes de estas tropas son Hércules de Pisa y Thomas Stucley, aunque el primero tiene el mando efectivo de los 600 hombres. Este dato nos confirma la idea de que entre los soldados hay hombres de las dos naciones, irlandesa e italiana, además de la preponderancia del primero sobre el segundo por financiar la expedición el dinero y las naves de Gregorio XIII. Resulta muy difícil saber el número de irlandeses enrolados en esta compañía. En primer lugar, porque no hemos encontrado la nómina de los hombres que la componen y, en segundo, por la italianización de muchos de los apellidos de los católicos de la isla que se embarcan en Italia: «500 soldados italianos, que acaso vinieron a aportar a Lisboa en aquel tiempo, hiendo a Irlanda, por orden del Papa, a cierto efecto con el marques Thomas de Estuelen, natural ingles, que los llevaba a cargo...»¹⁸.

El comportamiento de estos soldados, por el contrario, nos induce a pensar que la mayor parte de ellos son de origen irlandés. En los ejércitos de la época los soldados mercenarios alemanes, como los 2.500 que lleva Don Sebastián bajo el mando de Tamberg, suelen ser los contingentes más díscolos y difíciles de gobernar por los maestros de campo. En la expedición portuguesa a África este triste honor fue cedido a los 500 italianos de Stucley. Aunque se mostraron valerosos y esforzados en el desarrollo de la batalla, como referiremos más adelante, su comportamiento y su disciplina durante la marcha por el interior del continente estuvieron salpicados de problemas y complicaciones. El propio Stucley estuvo a punto de morir por abandonar una noche el campamento sin dar aviso a los vigías y los encargados de la seguridad del recinto. Algunos oficiales se quejan de la falta de disciplina y de los modales rudos y descorteses de estos italianos. Este comportamiento, propio de la milicia, resultaba inadecuado en una expedición conformada por un gran número de nobles y personas ajenas a la vida militar, mujeres y niños, excesivamente abundantes en un ejército de finales del siglo XVI. De todas maneras, el dato más importante que nos confirma el origen irlandés de muchos de estos italianos se encuentra en la lista de cautivos que se confecciona en España y Portugal en los meses siguientes al 4 de agosto. Los rescatadores intentan devolver la libertad al elevado número de cautivos de Alcazarquivir, siendo frecuente encontrar en la nómina de cautivos y rescatados apellidos irlandeses o de nombres de ciudades o patronímicos de las Islas Británicas italianizados.

La noticia de que Stucley parte para África tranquiliza a los embajadores ingleses en el continente, al mismo tiempo que intranquiliza a Gregorio XIII. Don Sebastián, al igual que Carlos V en Túnez, arriesga su vida para apoyar a un príncipe

¹⁷ Relación de la batalla de El-Ksar El-Kebir de Franchi Conestaggio, SIHM, serie I, Francia I, p. 551

¹⁸ Relación de la batalla de L7-Ksar El-ICebrr de Luis de Oxeda. SIHM, serie I, Francia I, pp.585-586.

sa'dí (Muley Muhammad) desposeído por el sultán reinante (Muley Aldelmalec referido en la documentación española como «el Maluco»). En la batalla mueren todos los soberanos que intervienen, razón por la que se la conoce como «batalla de los tres reyes», y queda como nuevo gobernante Marruecos el hijo del Maluco, Ahmad al-Mansur. Estas cuestiones no interesan a Isabel I, aunque se muestra muy preocupada por controlar a su antiguo súbdito y a los hombres que manda. Además de los irlandeses que paga Gregorio XIII, encontramos tres capitanes ingleses entre los soldados que se alistaban voluntariamente en Lisboa. Sobre uno de ellos no podemos dudar de su fidelidad a la causa católica, Stanley, pero, los otros dos, Bensar y Lister, son espías ingleses que se hacen pasar por católicos para ganarse la confianza de Stucley. Su misión es vigilar a los irlandeses y a su capitán y mandar a Londres todas las noticias que consideren importantes. Su presencia e intenciones son descubiertas por el embajador español en Londres, que lo comunica rápidamente a Felipe II, aunque no se puede impedir su misión¹⁹. El tratamiento que recibe Christopher Lister cuando es rescatado del cautiverio muestra claramente el agradecimiento de su reina por la misión realizada:

«It is futher also lo be remembred, that divers other English gentlemen were in this battell, whereof the most part were slaine; and among others M. Christopher Lyster was taken captive, and was there long detained in miserable servitude. Which gentleman although at length he happily escaped the cruel hands of the Moores; yet returning home into England, and for his manifold goods parts being in the yeere 1586 employed by the honourable the Earle of Cumberland, in a voyage intended by the streights of Magellan for the South sea, as videadmirall (wherein he shewed singular resolution and courage) and appointed afterward in divers places of special command and credite, was last of all miserably drowned in a great and rich Spanish prize upon the cost of Cornwall»²⁰.

Los intentos de los irlandeses para recuperar su isla son, en esencia, la verdadera preocupación de la soberana inglesa, motivación en la que también coincide, paradójicamente, con Gregorio XIII.

Stucley se convierte en una obsesión para los gobernantes británicos que, al igual que Felipe II, se preocupan por conocer la suerte que ha corrido en la batalla. Incluso se traducen al inglés las partes de los relatos de la batalla de Alcazarquivir en los que participa este hombre e, incluso, en la embajada de Ben 'Abd Allah en 1637 a Londres se le hacen preguntas al diplomático por las vicisitudes marroquíes del exiliado inglés. Los textos españoles y portugueses se refieren a él de manera anecdótica, anotando exclusivamente su título nobiliario y el lugar donde luchan sus hombres en la batalla. Este escaso interés peninsular por el aventurero contrasta con el mito que la muerte de este soldado despierta en la mente de sus antiguos compatriotas. Una embajada motivada exclusivamente para rescatar cautivos ingleses y holandeses en el puerto de Rabat-Salé no era el momento oportuno para demandar informaciones de quien murió en el combate de 1578. Para el embajador este tipo de preguntas resultan absurdas al referir un episodio arcaico que consistió en una guerra usual en el Magreb entre

¹⁹ «Aucune des nombreuses relations de la bataille d'El-Ksar el-Kebir ne mentionne, en dehors de Stukely, la présence de gentfshommes anglais dans l'armée de D. Sébastien; mais l'ambassadeur Bernardino de Mendoza écrivait à Philippe II, le 8 septembre 1578, que des gentilshommes anglais avaient quitté récemment l'Angleterre pour aller servir le roi de Portugal et que, parmi eux, se trouvaient le capitaine Bensar, Stanley et Lister, que Stanley passait pour un catholique, mais que les autres étaient partis sur l'ordre de la Reine et avec la connivence de Leicester, pour voir où Stukely voulait en venir, maintenant que son expédition prenait fin», *SIHM*, serie I, Inglaterra I, p. 339.

²⁰ *SIHM*, serie I, Inglaterra I, p. 339.

príncipes de una misma familia apoyados por españoles y portugueses, episodios que se repiten continuamente a lo largo de la Edad Moderna de esta parte del Mediterráneo.

La verdadera pregunta que hay que formularse al referir la intervención irlandesa en Alcazarquivir es la razón que lleva a D. Sebastián a pedir la colaboración de la tropa que Gregorio XIII manda a Irlanda. Dejando a un lado la pretensión de Felipe II de alejar al rey portugués de los problemas del Atlántico, Don Sebastián estaba necesitado de soldados profesionales para su expedición. El ejército que logra formar lo componían unas 18.000 personas, pero este elevado número no deja traslucir las verdaderas características de la tropa. Por las listas de cautivos y los estudios sobre la batalla sabemos que, además de combatientes, la expedición constaba de un gran número de personal inútil para el ejercicio de la guerra. El gran número de nobles que voluntariamente se alistaban conlleva una elevada cifra de personal de servicio que no se debería contar como aptos para el ejercicio de las armas²¹. El espíritu de aventura también fue un acicate para que se embarcaran hacia África muchas de personas que iban como simples espectadores del desarrollo de una fiesta galante propia del Barroco. Los 200 niños y más de 800 mujeres que aparecen mencionados entre las listas de cautivos y muertos muestran claramente el carácter de la expedición portuguesa. El error de abandonar la costa, adentrándose en un territorio hostil en una época del año inadecuada para la guerra, supone que todos los integrantes de la empresa sufren los rigores de la canícula y la falta de aprovisionamiento e intendencia. Incluso el lugarteniente de Stucley, el capitán pontificio Hércules de Pisa, se hizo acompañar por su joven esposa, que moriría en el cautiverio de Marrakesh veinte años después. Al rey no le interesan demasiado los navíos de los italianos, verdadera preocupación de los responsables papales, sino sus 600 soldados, la mayor parte piqueros y arcabuceros, perfectamente entrenados y adiestrados. Stucley arriba a Lisboa en el momento en que la corte portuguesa acaba de conocer que los mercenarios que se estaban reclutando en Toscana se niegan a emprender esta empresa. Lograr que Stucley apoye su causa representa minimizar esta mala noticia, por lo que Don Sebastián se compromete a implicarse personalmente en la cuestión irlandesa si el contingente pontificio pasa a sus filas. De cualquier manera, la explicación última del comportamiento de Stucley la dan los propios cronistas de la batalla de Alcazarquivir:

«En este tiempo, huían los irlandeses oprimidos por Elisabet, reina de Inglaterra, especialmente por causa de la religión, les impedía llevar una vida normal, como hacían en toda Inglaterra, al imponer la secta de Calvino y Zuinglio, y se amparaban con el Papa Gregorio XIII, que les puso como jefes al conde Desmond y a Juan Anel... En este momento el Papa comunica al Rey Católico y le exhorta a emprender esta empresa, como cristiano y socorredor de los pueblos, y se acuerdan entre ellos lo que de que hay que hacer. Pero, mientras que la reina de Inglaterra se muestra, por las palabras, de un lado, amiga del Rey, y, del otros, ayuda constantemente al príncipe de Orange en los asuntos de Flandes contra él, el Rey decide también caminar por la misma vía y hacerle la guerra encubierta. Por lo tanto, ellos concluyen de ayudar a estos pueblos bajo la protección del Papa, aunque secretamente les ayudaba el Rey. Para este efecto, se enrolan en las tierras de la Iglesia alguna infantería, unos seiscientos soldados, bajo el mando de Thomas Esternulie, inglés (que poco antes le había dado el Papa el título de marqués) los cuales, mientras en Portugal se prepara la guerra de África, llegan a Lisboa. Cuando el Rey supo su llegada, estando ya sin dinero y no pudiendo tener los

²¹ PARKER, G., El ejército de Flandes y el camino español, 1567-1659, The army of Flanders and the Spanish Road 1567-1659, Madrid, 2000.

soldados de Toscana, va hacia ellos, con la intención de retenerlos y que le ayuden en la guerra de África. Y, aunque no eran gentes de consideración, él se maravilló de su entrenamiento, de la habilidad en disparar los arcabuces, de la disposición de defenderse con la pica y de su buena obediencia. Y, hablando con el marqués, él logra su promesa de ayudarle en África. El Rey Católico, aunque no era partidario, no desea contradecirle: el Papa está muy lejos, que cuando la noticia le llega y envía su respuesta, ellos se encuentran ya en África y por tanto, quedarán a su servicio»²².

Los soldados de Stucley, junto a los mercenarios alemanes y los voluntarios castellanos, era la tropa mejor preparada para entrar en combate, por lo que se les asignarán las zonas más peligrosas cuando entran en combate. Los mejores conocedores del terreno eran los «fronteiros», soldados portugueses de Tánger y Arcila, hombres que tuvieron que padecer en sus carnes una forma de ejercicio de la guerra contraria a la lógica que imponía la realidad marroquí de estas décadas. De cualquier manera, el párrafo transcrito resume perfectamente el comportamiento de los diferentes príncipes cristianos. Felipe II nunca vio con buenos ojos pasar al Magreb, aunque no impidió la expedición que estaba proyectando. Las relaciones diplomáticas del Rey Prudente y el Maluco le aseguraban que Marruecos siguiera siendo independiente del Imperio Otomano, por lo que se aseguraba la estabilidad de la frontera sur de sus dominios. En cuanto a Irlanda, el monarca español prefería que las tropas papales fueran a combatir a la isla siempre que no se le relacionara con este tipo de aventuras. Era una acción propiciada y financiada por Roma, cuestión que deja clara a Isabel I por medio de su embajador en Londres, por lo que se desentiende de los sucesos que se producen. De alguna manera, actúa con Stucley de misma forma que Don Sebastián, aunque no está de acuerdo con estas empresas, deja hacerlas al no verse comprometida su persona ni su dinero y súbditos.

La posición de Gregorio XIII, por el contrario, es más compleja. El cambio de rumbo del católico inglés supone un duro revés para los planes de la Santa Sede para recuperar la isla. Que se malgasten 50.000 escudos y que se pierda pequeño ejército que había costado meses reclutar y adiestrar es una mala noticia. En los meses posteriores al desastre de Alcazarquivir los legados pontificios intentaron recuperar parte de la inversión realizada con los irlandeses. Requisaron los barcos de Stucley y se apropiaron de las joyas del duque de Irlanda, dejando al hijo del noble inglés sin recursos económicos²³.

Los irlandeses se convierten en simples italianos en las crónicas que relatan la expedición a África. Los cronistas suelen mencionar algunos episodios que protagoniza Stucley, pero nada dicen de la nacionalidad de los hombres que van con él. En principio, Stucley debe mandar una tropa internacional, donde además de irlandeses había católicos ingleses e italianos de los Estados Pontificios. Conocemos su mal comportamiento en África, referido someramente más arriba, pero las peculiaridades del cuerpo expedicionario que manda el rey portugués hace que estas referencias sean simples anécdotas. El excesivo número de nobles embarcados en esta empresa es el centro de atención de la mayor parte de los relatos que conservamos, razón que explica que estos exiliados pasaran inadvertidos en un ejército compuesto por alemanes, portugueses, italianos, ingleses, irlandeses y españoles. El gran número de mercaderes, meretrices, pajes, mujeres y niños los podemos evaluar por las listas de muertos y

²² *SIHM*, serie I, Francia, I, p. 545.

²³ GARCÍA HERNÁN, E., *Ibidem*, p. 79.

cautivos, que no por las referencias de los cronistas. Los errores que cometen los diferentes mandos militares en los días anteriores al 4 de agosto, comenzando por los realizados por el propio rey, las disputas entre los jefes de la expedición y el hambre y sed que padecen acallan las posibles quejas sobre el comportamiento díscolo de los soldados italianos. Hombres diestros en la guerra, como es el caso de Francisco de Aldana, capitán que manda Felipe II con su sobrino para que le informe de los planes portugueses y le aconseje, se desesperan ante la terquedad del Don Sebastián en la dirección del ejército.

Los cuerpos extranjeros sufrieron enormemente en la batalla por los flancos que tienen que defender. Al ser los mejor armados y más diestros en el combate, se les encarga la defensa de los puntos más peligrosos. Stucley defiende el flanco derecho de la artillería, conjuntamente con los alemanes, en primera línea de fuego:

«Por ser dic de jornada, le toco la vanguardia a la gente mas escogida del exercito, y assi se hiço frente del esquadron de los Aventureros, poniendo el de los Castellanos a su lado siniestro, y al diestro el de los Alemanes, porque de este lado los assigurava el rio y al otro amenaçava el mayor golpe de enemigos. Estos tres esquadrones, frente y vanguardia. De las dos coronelias de Diego Lopez y Vasco de Silveyra, se formo el cuerpo batalla; y de las dos restantes arcabuzeras, se puzieron por manga de los Alemanes, guiados por el capitán Hercules, y la arcabuzeria castellana, por manga de los de su parte con el capitán Godoy»²⁴.

Este emplazamiento supone que son los primeros en sufrir la gran carga de caballería y arcabucería de los marroquíes. Stucley pierde la vida al ser alcanzado por una bala de cañón que le siega ambas piernas en las primeras refriegas. La noticia de su muerte es anotada por todos los textos de la batalla entre los hombres más importantes que pierden la vida, dados los títulos y la importancia del personaje:

«Entre les gens de marque qui moururent en ce conflict, furent le roy Don Sebastien (que Dieu ait en sa gloire!), le duc d'Avero, les evesques de Coimbre et de Port, et le Commissaire general là envoyé par la Saincteté du Pape, le marquis d'Irlande, Christophle de Tavora, et son frère Alvero Perez de Tavora, et plusieurs autres chevaliers et gentils-hommes, que je laisse pour eviter prolixité»²⁵.

Los irlandeses y los alemanes que se, mantienen con vida después del primer gran ataque musulmán logran rehacerse, al ser los grupos que mantienen el orden que los portugueses han roto completamente, y hacen frente a los soldados marroquíes durante un tiempo. En este momento de la batalla los soldados del Maluco ya se saben vencedores y se dedican a robar a los cadáveres y a tomar cautivos, cesando la matanza general de los primeros momentos, en especial la realizada por los escuadrones arcabuceros de andalusíes y renegados. Los musulmanes buscan el botín, tanto en objetos como en personas, por lo que premueren lograr la rendición de los soldados para canjearlos posteriormente por dinero, lo que explica el gran número de cautivos con que termina la empresa.

Nuevamente los soldados irlandeses vuelven a ocupar el papel anónimo que les reserva esta empresa, acaparando toda la atención Thomas Stucley. Aunque los

²⁴ *Relación de Luis Oxeda*, en *SIHM*, serie 1, Francia 1, p. 601.

²⁵ *Relación de Luis Nieto*, en *SIHM*, serie I, Francia I, p. 498.

cronistas refieren su muerte, ninguno de los príncipes que lo apoyan se fían de las noticias y de las primeras relaciones que llegan de Marruecos. Felipe II encargó a los alfaqueques y rescatadores de cautivos que se cercioraren de la muerte del noble inglés²⁶, al igual que Gregorio XIII y la propia Isabel I. El Rey Prudente pide que se rescate su cuerpo, como el Don Sebastián, para darle un entierro digno y asegurarse de que no está entre los miles de cautivos apresados²⁷.

La cuestión irlandesa e inglesa en España seguirá su propio rumbo, olvidándose rápidamente los gobernantes peninsulares de la muerte de Stucley y sus exiliados católicos en el vado de un río marroquí. Sin embargo, en Inglaterra la trágica desaparición del noble en una empresa tan alejada de los intereses británicos lo convirtió en una leyenda. Además de la referencia a las preguntas que se hacen a un embajador alauí, dinastía diferente a la que se enfrenta a Don Sebastián, sobre la suerte de un soldado inglés, Stucley se va convirtiendo en un mito en la cultura de las islas. El antiguo pirata y acusado de traidor por Isabel I es el protagonista de baladas y canciones populares y el héroe principal de la obra de Peele titulada *La batalla de Alcázar* impresa en 1579. Un suceso anecdótico, como es de la participación de un pequeño grupo de irlandeses católico mandados por un noble inglés, se convierte en una manera de explicar la tensión que se vive en el Atlántico y su relación con las vicisitudes propias del Mediterráneo.

²⁶ En la Junta de Guerra se insiste que se conozca la situación de Stucley: «... asimismo se informará si está cautivo o es muerto Thomas Stucley», AGS, GA, 88.339

²⁷ AGS, G.A. 88.338, petición de Felipe II a Francisco de Zúñiga sobre los asuntos a tratar con el rey de Marruecos.